

## UN CÍRCULO PERFECTO

### I

Loyano era, en aquellos días de la década del 40, un pueblito ínfimo, un punto que seguramente no existiría en la mayoría de los mapas, a menos que algún alto funcionario del Instituto Geográfico Militar hubiese nacido allí.

El origen de tan curioso nombre no había sido interés de historiador alguno, por lo cual sólo cabría formularse conjeturas. Podría ser una deformación del habla popular, aunque sonase veleidosamente griego. Lo cierto es que Loyano también era una paradoja: el pueblucho se encontraba bien visible sobre la única elevación que había en cincuenta kilómetros a la redonda.

Y a pesar de esa ubicación privilegiada, su tamaño era tan mísero que un exagerado cartel pintado en forma rudimentaria –seguramente por un voluntarioso vecino- precisaba anunciar de su presencia al costado (bien al costado) de un camino de tierra secundario.

Por lo demás, una vez repechada la cuesta de entrada, cualquiera hubiera acertado el diseño del pueblo con los ojos cerrados: calles rectas y polvorientas; un camino central que desembocaba en la única plaza. Plaza que tenía su infaltable delegación municipal, capilla, correo y barcito para refugiar las penas de vez en cuando.

Exactamente perpendicular al camino de entrada, una avenida ancha con palmeras yatay a uno y otro costado configuraban la entrada al cementerio. Cementerio que ostentaba los mismos apellidos desde que dejaron de enterrar a los muertos en los patios: nadie llegaba y nadie salía para siempre de Loyano. Un círculo perfecto.

Fuera de lo que algún optimista local denominaba casco urbano, perfectamente atravesable a pie, las “cuadras” pasaban primero de cien a setecientos metros largo, dando cabida una zona de quintas donde los animales de cría eran sistemáticamente obligados a no comerse a los vegetales también de cría, o al menos de valor de reventa; y un poco más allá era campo puro.

Alguna vez hubo hotel. Se trataba en realidad de un albergue que sirvió de obrador a un grupo de albañiles que jamás construyeron nada. Se limitaron a esperar casi un semestre que la ruta -frenada por motivos políticos- finalmente comenzara; y terminaron con un dispersarse lento a medida que los salarios dejaron de pagarse, y que las noticias eran siempre las mismas. Ahora el albergue era mantenido en forma solidaria, por turnos rotativos, por el pueblo (limpieza y pintura de vez en cuando), y era usado por ocasionales viajantes en apuros y más infrecuentes parientes de visita. Y, algunas pocas veces, por grupos de ciclistas que encontraban una opción barata para hacer noche.

El poblado casi no tenía cordones-cuneta. En efecto, más allá del manzanado cercano a la plaza, calle y vereda se confundían en un todo y, en las zonas de menos tránsito, la línea era todavía más difusa. Pero además en Loyano raras veces llovía, así que separar vereda de calle y planificar un sistema de evacuación del agua eran lujos absolutamente innecesarios.

Por eso cuando esa tarde del lunes 12 de abril el cielo se volvió negro y el viento empezó a llevarse todo por delante, las comadres cuchichearon: algo fuera de lo común estaba por pasar, seguramente.

Aunque es justo decir que en una sociedad tradicional y campestre como la de Loyano, las supersticiones y las creencias eran la única fuente de entretenimiento, más allá de los encuentros repetidos en la plaza y alguna que otra novedad sobre embarazos y peleas.

Esa noche la lluvia retumbó en todos los techos de chapa, haciendo imposible cualquier diálogo en volúmenes normales; los vientos azotaron las puertas y voltearon carteles, las calles-vereda se inundaron de bote a bote y no quedó casi ninguna casa sin que le filtrara una parte de esa malvenida tormenta. Por suerte, la particular situación orográfica de Loyano hizo que el agua enseguida escurriera ladera abajo. Sin embargo, y a pesar de las comadres, esa noche nada ocurrió además de lo contado.

El martes fue noche de luna nueva, y andar a pie fuera de la zona de quintas era una tarea que sólo se podía hacer linterna en mano. Don Lázaro, que salía al campo en plena madrugada a preparar el tambo para el ordeño temprano, fue el primero en ver al forastero. Le llamó la atención la figura oscura que venía subiendo la colina en dirección al pueblo. Primero vio aparecer el sombrero, y adivinó por el ala y el tamaño que debía ser de cuero engrasado. Después vio o más bien intuyó una cabeza; un hombro y el otro que subían y bajaban al ritmo de los pasos; una vestimenta que no dejaba adivinar el cuerpo, seguramente un sacón largo, porque parecían pliegues aquello que se movía por debajo de la rodilla. Pero lo que más le llamó la atención a Don Lázaro era que el hombre no terminaba de aparecer. Era inusualmente alto; y fue entonces cuando Don Lázaro estuvo seguro de que ese hombre jamás había sido visto en Loyano.

Le vinieron a la memoria antiguos relatos de una lucha entre dos familias colonizadoras de la zona; criollos por un lado y un clan extraño de gente alta y rubia, de esto hacia ya más de un siglo. Recordó lo que su abuelo le contaba acerca de cómo los criollos vencedores cometieron toda clase de atrocidades sobre los vencidos, y que estos juraron volver por venganza. Esto jamás figuraría en los libros porque la historia nunca la escriben los vencidos.

Apretó la linterna con fuerza y la apuntó a la cara del hombre, que ya estaba a distancia de habla.

## II

Efectivamente era alto, efectivamente era hombre, efectivamente hablaba. Poco, pero hablaba. La charla se limitó a un saludo cortés aunque formal y a una pregunta concreta sobre posibilidad de alojamiento. Don Lázaro le indicó lo básico: el albergue, el estado del mismo, dónde llamar para que se lo abran. Y siguió camino rumbo al tambo.

Superada la sorpresa de que alguna persona golpeará a su puerta a la madrugada; cosa que sólo ocurría ante alguna muerte imprevista y ni siquiera; los López —encargados del alojamiento durante todo el mes— acompañaron al foráneo hasta el albergue y lo proveyeron de las comodidades elementales. Arreglaron el precio que incluía la comida, a servirse en el bar en horarios determinados, y lo dejaron.

Antes de media mañana ya todo el pueblo hablaba del visitante. Que los López le habían visto dos marcas como hechas en caliente en su cara llena de pliegues, como si fueran el símbolo de “masculino” y “femenino”, una en cada mejilla. Que los chicos a la ida del colegio lo habían visto sentado en la puerta

del albergue, escribiendo en un cuaderno símbolos que ellos no entendían. Que era muy pálido, o amarillo al decir de las comadres, casi gris al decir de los clientes del bar. Que nada bueno podría traer al pueblo un hombre que no era comerciante, ni pariente, ni visita, ni nada, al decir de todos. En ese lugar cerrado en sí mismo, donde nadie se iba y nadie llegaba por mucho tiempo, el hombre era un corte inesperado de la cinta de Moebius.

Durante el tiempo que duró la estancia de aquel hombre el intercambio de palabras fue mínimo: él retiraba rigurosamente las comidas del bar –por las que, cabe decir ya le habían hecho pagar por adelantado, junto con el alojamiento–, se las llevaba al albergue y no se dejaba ver hasta la noche. A esas horas –las vecinas lo sabían por su astucia para mirar por las ventanas entreabiertas– se sentaba en la puerta del hospedaje, con un objeto extraño entre sus manos, al que hacía desplazar en el aire o por el suelo con movimientos de los más desconcertantes. O con un cuaderno, y escribía hasta que ellas se quedaban dormidas.

El viernes 15 por la tarde, a los tres días de su llegada, llovió por segunda vez. Nadie en Loyano recordaba haber vivido dos lluvias en la misma semana. Otra vez el viento era fuerte y la imaginación generaba todo tipo de ruidos; seguramente muchos más que los reales.

Esa noche el extraño no apareció por el bar. Algunos hombres, azuzados por sus mujeres, caminaron hasta la puerta del albergue. La puerta estaba cerrada por dentro. No se escuchaba ningún ruido. No golpearon, ni siquiera intentaron agarrar el picaporte. Si dormía, el simple hecho de haber intentado cualquier otra cosa que no fuera escuchar en silencio le parecía al grupo una falta de respeto. Tener a un visitante desconocido en el pueblo es diferente de hacerse eco de cuentos de mujeres, resolvieron. Y volvieron a la partida de truco abandonada.

A la madrugada Don Lázaro también pasó por el albergue, aunque quedaba en dirección exactamente opuesta al tambo. La puerta estaba abierta. La curiosidad también. Lo que encontró adentro seguramente no se lo esperaba: la cama sin tender, un cuaderno con extraños garabatos, un aparato raro de forma ovoidal con salientes rugosas (seguramente el que habían visto las damas por la noche), varios frascos de remedios, jeringas, las sábanas punteadas de sangre más o menos en la mitad de su largo.

### III

Don Lázaro fue a llamar a Luis y a Pedro; los dos más audaces o los que estaban armados; no sabía bien. El minúsculo grupo comenzó por entrar al cuarto y confirmar el desorden ya contado. Después salieron y vieron en el barro unas huellas de un hombre muy grande y muy pesado que se alejaban del albergue, bordeaban la ciudad evitando las calles más o menos iluminadas, y se perdían en dirección a la hilera de palmeras yatay.

Lo encontraron cien metros antes del cementerio, con las manos apretándose el estómago, la cara entre gris y amarillenta descompuesta de dolor. Respiraba con dificultad, apenas se movía y no hablaba (aunque Don Lázaro comentó que en esto no había notado diferencias).

Dejó de respirar antes de que el viejo médico del pueblo pudiera atenderlo. Una desgracia advertida, sentenciaron las comadres. Paro cardiorrespiratorio, dictaminó el parte de defunción. Envenenamiento, se supo muchos años después, cuando se hizo la autopsia reclamada por la justicia.

Lo enterraron esa misma mañana, sin velorio. En el cementerio. Pero del lado de afuera, claro. Porque, como todos coincidieron, una cosa era darle cristiana sepultura y otra cosa bien distinta era romper la armonía de Loyano.